

EDIPO AL MARGEN DE LA LEY: LA PERVERSIÓN DE LA INTIMIDAD

Jorge Schejtman; María Rita Ragau; Laura Sperber

A modo de introducción

Sin duda, la clínica de la perversión ya desde los tiempos de Freud, presenta uno de los mayores desafíos a la práctica del psicoanálisis. En esta oportunidad nos interesa reflexionar sobre dos cuestiones que tienen que ver con el concepto de intimidad y que se manifiestan precisamente en la clínica. Será un intento de aprovechar el accionar perverso que nos facilite, a partir de lo que Khan (1979) denomina *la técnica de la intimidad* y el uso que el perverso hace de ella para atrapar al otro, la comprensión psicoanalítica de lo que es la intimidad, para lo cual los trabajos de Wajcman (2004) nos orientarán.

Un breve relato del psicoanalista francés Joël Dor (1988) nos facilitará el recorrido por los caminos planteados, desde cuyos horrorosos y conmovedores contenidos ensayaremos la articulación posible de lo que hasta aquí hemos expuesto y la posible dilucidación de las incidencias concernientes a la relación transferencia – contratransferencia.

Desde la clínica, la transferencia

He aquí la narración de la que nos hemos valido y por nosotros resumida.

“Un analista recibe para consulta a un hombre de 40 años. Varias veces por semana el analista se vuelve testigo privado de los desenfrenos de su paciente. Éste lleva una existencia sometida a las excentricidades perversas más inquietantes y escandalosas. Seguro como estaba de excitar vivamente la curiosidad de su analista, el paciente se enfrasca, en el transcurso de las sesiones, en un relato cada vez más detallado de su existencia. Se trata de una existencia frenética de libertinajes delictivos donde el folklore sexual parece no tener ningún límite.

El analista se vuelve así el testigo auditivo de las transgresiones más impresionantes cumplidas sobre un fondo de robos, estafas, tráficos, violaciones, que constituyen a veces la primera plana de los diarios. Con esta complicidad obligatoriamente secreta se inicia, para este paciente, un espacio

prodigioso de goce en el lugar mismo de su cura; estando este goce tanto más asegurado cuando que se encontraba garantizado por el silencio del analista. Varios acting out llegan a convertir al analista jurídicamente en cómplice de situaciones tan ilegales como inextricables.

Porque se quedaba inamovible en su lugar de analista, este paciente jugará sus últimas cartas.

Inesperadamente, el curso del análisis toma un viraje nuevo. El paciente se vuelve a cada sesión más prolijo en cuanto al relato de sus amores perversos. Una descripción minuciosa de las escenas sexuales invade el curso de las entrevistas, hasta el límite de lo insoportable.

Invadido por una inquietud creciente, el analista se deslizará insensiblemente del lugar que había sabido hasta entonces mantener, volviéndose poco a poco directivo. Deslizamiento fatal si los hay, puesto que estaba allí la señal tan esperada por su paciente para descargar sus últimos propósitos brutales en la empresa perversa. El paciente se muestra progresivamente bajo una luz completamente espantosa a los ojos del analista, a medida que libera sutilmente la identidad auténtica de sus protagonistas. No menos de un año y medio de tratamiento fue necesario para que ese paciente cumpliera estratégicamente su perniciosa misión y desapareciera inmediatamente después. Da a conocer la identidad de una de sus compañeras sexuales más depravadas: no era otra que una de las hijas del analista."

Este fragmento nos informa con total claridad, muy en vivo y en directo del maniobrar del perverso, cargado en este caso de una enorme perversidad.

Nos valdremos de la clínica, concentrando nuestra atención en cuestiones que nos permitirán enunciar algunas ideas acerca de lo que va sucediendo durante el transcurso del tratamiento, cuyo final tan siniestro nos exige reflexionar.

Supuestamente, hay un analista y hay un paciente; se cumplen, según se desprende de la lectura del material, las condiciones que se plantean como básicas para que un análisis se eche a andar. Concurrencia de varias veces por semana por parte del paciente, quien habla de todo cuanto hace y siente; todo lo que se le viene a la cabeza, lo dice; hasta presumimos que hace diván.

Y hay un analista que allí se encuentra como escucha y cuyo posicionamiento queda bien precisado cuando Dor (op.cit.) escribe que permanece como

“testigo privado de los desenfrenos de su paciente” y también, como “el testigo auditivo de las transgresiones más impresionantes”

El decir de Dor respecto del analista devenido *testigo* nos impone algún comentario.¹

El Nuevo Diccionario Espasa Ilustrado (2002) da la siguiente definición de testigo: *Persona que da testimonio de una cosa. Persona que presencia o adquiere conocimiento directo de una cosa.*

La cuestión en estas circunstancias es ¿de qué cosa da testimonio el analista? ¿Qué es lo que ha presenciado y/ o de qué ha adquirido conocimiento?²

Aunque pareciera que está ausente, el contexto de la transferencia – contratransferencia tiene una presencia abrumadora, apabullante.

Ante todo, disolvamos una ilusión y hagámoslo prontamente para salir de la trampa siniestra de este suceder. No nos creamos que el perverso *asocia libremente*; el perverso dice cosas, de modo expulsivo; son palabras cuya intencionalidad se revela durante el seguimiento del relato y cuya consecuencia será el horror del final; lo fatídico de su despedida.

El analista está allí, bien presente. ¿Cómo atiende la exposición perversa? ¿Se pensará a sí mismo en atención flotante? Es posible que así lo crea.

Si esto fuera así, significa que no advirtió que su presencia al posicionarse de ese modo, ha adquirido en la dramática perversa un carácter a-funcional, en lo que a la función paterna se refiere. Es una presencia *pour la galerie*. Este acontecer nos hace repensar qué es lo que está sucediendo dentro del campo operativo de la clínica.

¿Qué modo de transferencia convoca este modo de estar presente del analista? Es el que reproduce casi como un calco lo que es el padre para un perverso; un padre que es una ilustración. *Está dibujado*, se dice coloquialmente. Ha devenido un tercero cómplice. Es a quien, por su inoperancia funcional, el perverso le

¹ Descartamos que Dor se refiera aquí al analista como testigo, en la dirección que prioritariamente trabaja la escuela lacaniana, en lo que hace al PASE, a partir en buena medida del texto freudiano “Una neurosis demoníaca del Siglo XVII. Allí Freud (1923) aplica el análisis a partir de los testimonios del poseído por el demonio y del que brinda también el abad, que atestiguó sobre el endemoniado. De allí que *el analista da testimonio*.

² Nuestros interrogantes están planteados en los términos de la definición de testigo que da el diccionario, y que transcribimos previamente.

muestra en su desafío, en su provocación, su completud por considerarse el falo de la madre, y que él “es sapo de otro pozo”. Bianchi Vilelli y Georgieff (1980) plantean que es así como el analista ha devenido un tercero cómplice, que contempla la fantasía construida de a dos, madre y niño, mantenida en *secreto* por ambos.

El posicionamiento del analista es lo que da lugar a las condiciones para que lo que sucede entre paciente y analista sea una reproducción fiel de la historia que se encarnó en el paciente y que dio lugar a su psicopatología. El estar allí y así del analista reproduce el trauma. Se nos ocurre decir: está sucediendo lo que sucedió, una edición reeditada, *pero también por el analista*. Es el resultado de su presencia a-funcional, es un despliegue escenificado y exitoso del hacer de un perverso, al tiempo que se evidencian las características de lo que lo ha determinado como tal.

¿Cómo deviene cómplice el analista? ¿Qué fenómeno del orden de lo intrapsíquico lo lleva a involucrarse de tal modo? ¿Qué dinámica emocional se juega en este escenario y en el teatro de su propia mente (Mc Dougall, 1987) que lo compromete a participar así? El material discutido muestra como estalla el espacio íntimo transfero-contratransferencial que todo análisis despliega, pulverizando la función del analista.

Podemos debatir si el analista reproduce por momentos de modo fidedigno a la madre, cuya *bondadosa* complacencia que lo deja hacer y su rédito gozoso acompañante, le permiten mantenerlo como objeto de su posesión y de su completud, que estampa al mismo tiempo a ese padre impotente en un lugar que acepta sin resistencia alguna. Es posible. Pero si así fuera, esta lectura más primitiva en lo que hace al desarrollo, suma condiciones más primarias por cierto que ratifican nuestras hipótesis: es una presencia la del analista que repite fielmente una historia y que posibilita el despliegue del perverso

Es un goce, como bien dice la escuela lacaniana, que mientras se sostiene, es tripartitamente compartido ya que incluye al analista, a quien la exhibición de la articulación del perverso con la madre, que intenta desmentir las diferencias, le posibilita también a él, la idea de una plenitud que destituye la existencia de las carencias; también a él se le hace factible esperar que es posible el goce que sólo puede brindar la completud.

Todo esto en el analista permanece oculto tras otra fascinación: la que le proporciona **la fe en su método**; ese método con el que se puede todo ¿por qué *no va a poder con este paciente?* ¿*No es acaso otra completud?* Guntrip (1975) escribe que “... *la teoría... es un sirviente útil, pero un mal amo*”; en la inversa se pierde el analista, queda de tal modo subyugado que no puede mirar.

Podríamos pensar que el intento de analizar a este paciente perverso implica un estado de fascinación: "Quien, como yo, convoca los más malignos demonios que moran, apenas contenidos, en un pecho humano, y los combate, tiene que estar preparado para la eventualidad de no salir indemne de esta lucha" (Freud, 1901/1905; pág. 96). *Sucede que este analista como tal, queda destruido y destruido significa des-subjetivado.*

Reproducimos lo que ya Dor (op.cit.) comunicara: *Con esta complicidad obligatoriamente secreta se inicia, para este paciente, un espacio prodigioso de goce en el lugar mismo de su cura; estando este goce tanto más asegurado cuanto que se encontraba garantizado por el silencio del analista.* Porque “...*un espacio prodigioso de goce en el lugar mismo de su cura*”, informa acerca de la destrucción del lugar de análisis. Y ello significa que el analista ha sido devastado en su intimidad y, como tal, destituido. Presente pero callado tal cual el padre del perverso.

El fin de una ilusión: Sobre la técnica de la intimidad. La noción de intimidad

Dor (op.cit.) nos relata cómo se avecina la tragedia: *Invasado por una inquietud creciente, el analista se deslizará insensiblemente del lugar que había sabido hasta entonces mantener, volviéndose poco a poco directivo.*

La inquietud que ha surgido nos informa de un quiebre: el de la ilusión del goce compartido. El analista quiere despertar, pero advierte que está encadenado e intenta, haciendo fuerza, liberarse y sólo logra lastimarse; por eso la *inquietud*; está atrapado por el obrar perverso, efectivizado por su propia ilusión.

Khan (op.cit.) entiende que *por medio de la técnica de intimidad el perverso hace saber de sí mismo; anuncia y presiona dentro de otro algo perteneciente a su naturaleza más recóndita, descargando su tensión instintiva de manera compulsiva y exigente. Tiene la habilidad de crear un clima emocional propicio*

por el cual la otra persona se ofrece voluntariamente a participar y someterse a su lógica, suspendiendo la discriminación y la resistencia. Conserva el control de la situación escindiendo, disociando y manipulando. Acordamos que en esto reside su astucia; pero debemos entender en salvaguarda de una comprensión adecuada, cuál es el acontecer interior del analista o de cualquier víctima de un perverso que posibilita el éxito de su acción. Significa desvictimizar psicoanalíticamente a la víctima; desairarlo en su pretensión de sentirse un objeto.

Para Wajcman (2004), la intimidad es el espacio donde el sujeto puede estar y sentirse fuera de la mirada del Otro. Un espacio en exclusión interna, una isla, lo que nombramos como nuestra morada, es decir, el lugar donde el sujeto escapa a la suposición de ser observado.

En acuerdo con su desarrollo pensamos que lo íntimo, desde una perspectiva psicoanalítica, es un espacio virtual con una historia ligada a un desarrollo que supone un renunciamiento pulsional al placer de ser mirado, y que por eso deviene una zona de bienestar: es, al decir de Wajcman (op.cit.), *un poder mirar al mundo desde una ventana, sin ser mirados.*

Nos parece adecuado agregar que dicho mirar, entendido como un hecho simbólico, tiene que ver con un renunciamiento a la satisfacción pulsional; la pulsión ha encontrado un destino. Porque el mirar al mundo por una ventana es una definición metafórica. Es un modo de funcionamiento psíquico estrechamente ligado al proceso secundario.

Aquí fracasa el analista o cualquier víctima de un perverso; queda atrapado, fascinado por la creencia de un mundo pleno, sin faltas, sin privaciones. No puede dejar de mirar; no puede renunciar a ser mirado.

Y es allí donde el perverso presiona dentro del otro; a punto tal de destruir su intimidad. Que es lo mismo que decir que destruye la condición de sujeto. Sin intimidad, no hay sujeto.

Winnicott (1988) acota que en la psicología del individuo hay un aspecto importante de las relaciones respecto del cual puede decirse que en el contacto más íntimo hay una falta de contacto, de manera tal que cada individuo retiene en esencia, siempre y para siempre, un aislamiento absoluto.

Consideramos que ese aislamiento inicial es la esencia de ese espacio de intimidad que describimos, inalienable de toda subjetividad.

Una nueva paradoja de los principios en Winnicott: por un lado, madre y bebé están fundidos en la intimidad del magma fundacional de la vida, sin lo cual el bebé no podría sobrevivir. Sin embargo, hay un cimiento que escapa a esa fundición, aquello incontable propio de la naturaleza humana. Desde allí el bebé despliega su espontaneidad y creatividad, lo verdadero del Self (Winnicott, 1960).

Volvamos a Wajcman y a su concepción de la intimidad como refugio de la mirada del Otro, como espacio interno de retiro del sujeto para pensar y pensarse y para crear.

Esta concepción subjetiva del lugar de retiro para la creación y el pensamiento podría tener un antecedente histórico-cultural en la concepción del ocio de la Antigüedad greco-romana. La *vita activa* de los romanos y la *bios praktikós* de los griegos era dejada de lado en un momento que denominaban *otium* en latín y *scholé* en griego –que dará lugar a nuestra escuela-: el tiempo libre. Para los griegos, el tiempo libre era la liberación de la tan desprestigiada necesidad de trabajar –la *ascholía*, el *negotium* – que permitía disponer del tiempo necesario para la búsqueda de la sabiduría. La posibilidad del ocio equivalía a la posibilidad de pensar. Para los romanos, el *otium* era la ausencia de *negotium* y autores como Cicerón y Séneca trataron de hacer perdurar las connotaciones espirituales e intelectuales con que los helenos dotaron a su *scholé*; estudiar las leyes, escribir o ensayar la retórica eran las tareas de un ciudadano una vez retirado de la vida pública. Es el digno retiro, el *otium cum dignitate*, siempre de carácter privado, que reclama el alejamiento a los suburbios o al campo.

Como vemos, el ocio que requiere del replegamiento respecto del ruido y las distracciones de la urbe, redundante en la ampliación del conocimiento y en el crecimiento del espíritu. Actividad ésta –el ocio no es pereza, no es pasividad- altamente valorada.

Volvamos al perverso. Con su técnica de intimidad degrada el clima de ocio emocionalmente productivo que propone el espacio del análisis –

como decíamos antes, la asociación libre es sólo aparente- para hacer su negocio - imponer su goce-. Crea una falsa sensación de intimidad, que más se parece a la atmósfera envenenada de la connivencia en un negocio turbio. Para llegar a este negocio debe lograr sacar al analista del modo de funcionamiento mental en el que, replegado y conectado a la vez, es capaz de pensar, pensarse y crear.

Como desde una ventana

Hemos volcado una serie de ideas que nos condujeron a poder definir el espacio de la intimidad desde la dramática perversa, en el ámbito de un acontecer clínico.

Ello nos enseñó que la intimidad así entendida es condición de la existencia de la subjetividad. Esta tragedia muestra el éxito, al modo de un triunfo maniaco, acerca de cómo el perverso encuentra su hábitat edípico confortable al margen de la ley.

Y nos advierte qué expuestos estamos como analistas cuando no podemos pensarnos nosotros; cuando no podemos mirarnos desde nuestro propio quehacer, como si fuera desde una ventana.

Nuestra tarea debiera ser pensada, pensando nuestro pensar psicoanalítico.

Si ello no sucede, podemos reiterar lo traumático más primitivo, sin que se lleguen a desencadenar necesariamente tragedias como la descrita. Los análisis “*como si*” son también su consecuencia.

BIBLIOGRAFÍA

Bianchi Villelli, H. y Georgieff, A. (1980) “El secreto en la estructura perversa”. X Congreso Interno y XX Simposio: Perversiones. APA. Tomo I. Buenos Aires.

Dor, J. (1988). El goce perverso y el tercero cómplice. El secreto y el obrar. En *Estructura perversa y perversiones*. España: Gedisa.

Freud, S. (1901/1905). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En OC, T. VII, cap. III, p. 96. Buenos Aires: Amorrortu (1992).

Freud, S. (1923). Una neurosis demoníaca en el siglo XVII. En OC, Tomo XIX. Pág. 67. Buenos Aires: Amorrortu.

Guntrip, H. (1975). *Revista de Psicoanálisis*. Tomo XXXVIII; vol. I; (1981).

Khan, M. (1979). Intimidad, complicidad y reciprocidad en las perversiones. En *Alienación en las perversiones*. Buenos Aires: Nueva Visión (1987).

Nuevo Diccionario Espasa Ilustrado (2002). Editorial Espasa Calpe S.A.

Wajcman, G. (2004). *Las fronteras de lo íntimo*. (Fenêtre, Chroniques du regard et de l'intime).

Winnicott, D. (1960). La distorsión del yo en términos de self verdadero y falso. En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Buenos Aires: Paidós (2007).

Winnicott, D. (1988). De la teoría de los instintos a la teoría del yo. En *La naturaleza humana*. Paidós: Buenos Aires (2010).

El humanismo en la web, Sit Tibi Terra Levis, De Otium antiquitatis: breve reflexión sobre el concepto de ocio clásico, sitibisterralevis.wordpress.com, publicado 16/7/2013 por Marco.

Palabras clave: Edipo-Intimidad-Ley-Transgresión-Perversión

Resumen: En este trabajo reflexionamos sobre el uso que hace el perverso de la intimidad que provee la relación analista-paciente, con sus armas favoritas: la transgresión y el desafío. Y una perversión de la intimidad: cuando la ley no ha sido implantada.

Un breve relato del psicoanalista francés Joel Dor, nos permitirá, en un ejercicio clínico, explorar cómo la mediación del tercero cómplice y la fascinación por el secreto, socavan la relación de intimidad del espacio analítico.